



Eucaristía por el Papa Juan Pablo II

Queridos hermanos sacerdotes concelebrantes:

Queridas y dignísimas autoridades civiles, judiciales, militares y académicas.
Queridos hermanos todos en el Cuerpo de Cristo.

No estamos celebrando las honras fúnebres de una de las personas socialmente más relevantes de nuestro tiempo, sino el Misterio Pascual de Jesucristo y de su Iglesia, la victoria del Cristo total, es decir, de la Cabeza y de los miembros de su Cuerpo sobre el pecado y la muerte.

La Iglesia, que hace presente en la historia humana la encarnación de Cristo, actualiza son serena y gozosa esperanza la victoria de la resurrección en cada uno de sus hijos, que mueren en comunión con el Señor resucitado. Así, Cristo resucitado en la plenitud del tiempo es Alfa y Omega de nuestra historia y conduce cada historia personal a su plenitud en Dios.

Este camino pascual hacia la identificación plena con Dios, lo estamos celebrando a diario en la incontable muchedumbre de los hermanos elegidos por amor y llamados por gracia a la fe y a la vida según el Evangelio. En ellos, en la forma serena y gozosa de morir, se manifiesta día a día la soberanía de Cristo, la victoria de la fe que ha vencido al mundo.

El camino pascual del Cuerpo de Cristo encuentra hoy, en la pascua del Papa Juan Pablo II, una actualización del todo singular. Y no precisamente por la santidad de su vida entregada, en radical y absoluto seguimiento del Buen Pastor, sino por la significación que su ministerio de Sucesor de Pedro tiene en la Iglesia.

Muchos fieles pueden ser santos, pero sólo uno está en la sucesión y en la misión de Pedro, a quien el Señor constituyó roca y fundamento visible, para la permanente edificación de su Iglesia, por obra del Espíritu Santo. Este Espíritu le fue dado para predicar el Evangelio con autoridad hasta los confines del mundo, para fortalecer en la fe a los hermanos y para atar y desatar con el pleno poder de Cristo en la tierra y en el cielo, que incluye el poder divino de perdonar los pecados (cfr Mt 16, 18-19; Jn 20, 21-23).

En la misión del Papa está representada toda la misión de la Iglesia y el Papa es un elemento sacramental constitutivo de la Iglesia misma, que es Sacramento Universal de Salvación por ser Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. De ahí



la relevancia que tiene en el misterio de la Iglesia la participación definitiva de un sucesor de Pedro en la Pascua de Cristo.

Hemos querido proclamar hoy el Evangelio de Juan que presenta el servicio apostólico de Pedro como un *“officium amoris”*, como un “ministerio de amor”. El escándalo de la cruz y la triple negación de Pedro son sanados por la triple confesión de amor a Jesús resucitado. Por ser Pedro la roca visible de la edificación de la Iglesia, se le pide un amor mayor que a los restantes Apóstoles. A las preguntas de Jesús, Pedro le contesta: *“Sí, Señor, tú sabes que te quiero”*. Y a cada respuesta sigue el encargo de Jesús: *“Apacienta mis corderos”... Apacienta mis ovejas*”.

A la confesión de la fe de Pedro en Jesús, como el Mesías Hijo de Dios vivo, siguió la institución de Simón en su oficio de Roca. Ahora Jesús ha pedido que la fe se haga viva por el amor, como condición para apacientar las ovejas, por las que Él mismo ha dado su vida como Buen Pastor. Simón Pedro, si me amas, apacienta mis ovejas y da la vida por ellas; atrae a la fe, fortalece en ella y guarda en mi nombre a quienes he rescatado al precio de mi cuerpo y de mi sangre y he trasladado al reino de la luz, para que conozcan al Padre y a mí, su enviado, y tengan vida eterna (cfr Jn 17,3).

El fiel cumplimiento de esta misión por los sucesores de Pedro y, en forma ejemplar, por Juan Pablo II, nos ha hecho posible vivir con gozo la experiencia cotidiana de que en el origen de la vocación a la vida, con sentido desde la fe, y en la fuente de la vocación a la misma, siempre está el amor de Dios, que nos elige y nos llama a la comunión de amor con él y a dar testimonio de ese amor a los hermanos.

Juan Pablo II nos ha legado enseñanzas luminosas sobre el Misterio de la Iglesia como Comunión, que tiene su origen en la inserción de nuestra vida en el misterio trinitario del Dios Amor, que nos llama a la comunión de amor con Él. *“Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor”* (Jn 15,9). *“Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él”* (Jn 14, 23). *“Si os mantenéis en mi Palabra, seréis en verdad mis discípulos”* (Jn 8,31).

La expresión “ser discípulos” indica ya que la comunión es fuente de la misión: *“Como el Padre me envió, también yo os envío... Recibid el Espíritu Santo* (Jn 20, 21-22), *“Que esté con vosotros para siempre”* (Jn 14, 16); *“Vosotros le conocéis, porque mora con vosotros”* (Jn 14,17). Él *“Os lo enseñará todo hasta la verdad completa”* (Jn 16,13) *“Y la verdad os hará libres”* (Jn 8,32).

Esta verdad completa, que nos hace libres, es el conocimiento de Dios como Padre y la experiencia que tenemos del amor, que Dios nos ha mostrado al hacernos sus hijos (cfr Gal 4,4-7) Jesús nos ha revelado al Padre, al cual sólo Él conoce. Sólo a través de Jesús vamos al encuentro gozoso con el Padre, que nos muestra cada día su amor con el perdón y la misericordia. En palabras de Juan Pablo II, en nuestra historia, el amor de



Dios se manifiesta como misericordia; al final del tiempo, la misericordia se manifestará como amor (Cfr Dives in misericordia n. 90).

Y Jesús ha revelado en sí mismo a todo hombre el misterio del hombre, que queda definitivamente iluminado en su Misterio Pascual (GS 22). Más aún: “Él Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre” (GS 22).

Juan Pablo II comenzó su pontificado invitándonos a abrir las puertas a Cristo, que es el camino principal de la Iglesia hacia el Padre y hacia cada hombre, y ha afirmado de forma rotunda: **“En este camino que conduce de Cristo al hombre, en este camino por el que Cristo se une a todo hombre, la Iglesia no puede ser detenida por nadie. Esta es la exigencia del bien temporal y del bien eterno del hombre”** (Redemptor hominis 13b).

Y con la misma fuerza ha mantenido que: **“Todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre”**; y que: **“El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social... es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión... camino trazado por Cristo mismo... que conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención”** (Redemptor hominis 14^a).

“Un nuevo estupor y una gratitud sin límites- escribe Juan Pablo II- se apoderan necesariamente del creyente ante esta inesperada e inefable verdad que nos viene de Dios en Cristo. El creyente hace suyas las palabras del apóstol Juan: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!. Queridos, ahora somos hijos de Dios ya aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3, 1-2). Así alcanza su culmen la verdad cristiana sobre la vida. Su dignidad no sólo está ligada a sus orígenes, a su procedencia divina, sino también a su fin, a su destino de comunión con Dios en su conocimiento y amor. A la luz de esta verdad San Ireneo precisa y completa su exaltación del hombre: **“El hombre que vive” es “Gloria de Dios”, pero “La vida del hombre consiste en la visión de Dios”**. (Evangelium vitae 27).

Juan Pablo II concluye que el amor del hombre por la vida se: **“Desarrolla en la gozosa conciencia de poder hacer de la propia existencia el lugar de la manifestación de Dios, del encuentro y de la comunión con Él”** (Evangelium vitae). Y amplía, en paráfrasis, el razonamiento de San Ireneo, afirmando: **“Gloria dei, mundo secundum amore Dei ab homine exultus”, (la gloria de Dios en el mundo perfeccionado por el hombre según el amor de Dios)** (Memoria e Identidad p. 248).

En este horizonte espiritual, desde el amor apasionado a Dios y al hombre, fundidos ambos amores en el amor a Cristo, que los integra en unidad, se comprende todo el ardor cordial y la entrega apasionada de Juan Pablo II al testimonio del Evangelio por



Carlos López Hernández

todos los caminos del mundo y de la historia, recorriendo el camino de cada hombre, en su lugar cultural o geográfico, para cumplir su propia misión en la Iglesia.

¡Cómo quisiéramos poder asumir cada uno vitalmente esta misma experiencia espiritual al participar, como miembros de la Iglesia, en el Misterio Pascual celebrado como intercesión y acción de gracias por Juan Pablo II!

Acaso podemos hacerlo mejor iluminados por la última enseñanza del Papa, en el pasado Jueves Santo, cuando nos dejó, a modo de testamento, el testimonio de la actitud espiritual con la que él celebraba la Eucaristía, entretejiendo en ella la propia vida, de manera que la vida quede por ella convertida en una existencia agradecida a Dios, entregada como don, salvada para colaborar a la salvación de los hombres, fiel a la memoria del Señor, consagrada por la comunión en el Cuerpo y Sangre de Cristo, y siempre y en todo orientada a Cristo.

Así, la vida, el ministerio y la muerte de Juan Pablo II producirán sus frutos en nosotros. Así, hoy celebraremos el Misterio Pascual de Jesucristo y de su Iglesia, unidos a Juan Pablo II en la memoria agradecida y en la Comunión de los Santos.

Catedral de Salamanca, 6 de abril de 2005